

gammal abd al-náser y los problemas del oriente medio

ANTONIO PÉREZ ELÍAS

La personalidad del señor Gammal Abd Al-Náser tuvo tantas facetas como rica en ellas fue su obra. Ante todo, en él destacó el patriota. Perteneció a la clase de patriotas auténticos, de los que no pueden concebir una patria con un pueblo enajenado, marginado, miserable y explotado por propios, en el interior, y por extraños, desde el exterior. Este patriotismo verdadero, ya se sabe, siempre conlleva la calidad revolucionaria y nacionalista. Y éste fue el patriotismo de Gammal Abd Al-Náser, el egipcio. Pero tuvo, además, la gran virtud, la visión extraordinaria y la suficiente entereza para proyectar su nacionalismo revolucionario más allá de las fronteras egipcias, sobre todos los pueblos árabes, con el propósito de templar en ellos los ideales de la nacionalidad más amplia y más profunda: la nacionalidad árabe. Simón Bolívar proclamó alguna vez algo semejante, en otro nivel, para los pueblos de América Latina.

Conviene anotar que el señor Abd Al-Náser no inventó el nacionalismo árabe, ni mucho menos “instigado por la Unión Soviética”, como afirma la propaganda imperialista. Todo lo contrario, él mismo fue uno de los productos más genuinos de ese nacionalismo. La conciencia panárabe comenzó a forjarse desde que la Sublime Puerta —como entonces se llamaba la sede del sultán turco en Constantinopla— se apoderó del mundo árabe en los siglos xvii y xviii. Después fue acrecentada poco a poco, y templada al mismo tiempo, en la resistencia al despotismo de los gobernantes turcos y en muchas y sangrientas rebeliones e insurgencias para lograr la independencia, pero que sólo en algunas regiones, como Siria y Egipto, pudieron obtener gobiernos precariamente autónomos. Podría mencionar muchos héroes de estas

luchas libertarias que estallaron en el Oriente Medio y en el norte de África contra el dominio turco durante la segunda mitad del siglo xix. Los dirigentes arrancaban del imperio de la Sublime Puerta cada vez más derechos y privilegios que parecían conducir hacia la ansiada independencia; pero en los años últimos del siglo pasado tanto Inglaterra como Francia habían adquirido la fuerza suficiente para disputar a los turcos las regiones árabes en el proceso de sus respectivas expansiones imperialistas, el cual culminó después de la Primera Guerra Mundial con un nuevo reparto de tales regiones.

Desde luego, las tropas inglesas y francesas invadieron el Oriente Medio y el norte de África en nombre de la libertad y de la civilización. La llamada “civilización occidental”, naturalmente, la única que estos imperialistas dicen conocer. Esto demuestra que no han aprendido nada desde entonces, puesto que todavía hoy invaden países y organizan genocidios en nombre de esa “libertad” y de esa dizque “civilización” convertida en propiedad privada y exclusiva de los monstruosos monopolios capitalistas.

Lo cierto es que los egipcios acogieron a las tropas del inglés Kirtchener —llamado “héroe de Jartum”— como libertadoras: que los sirios y libaneses recibieron con fiestas a los soldados franceses del Gral. Gouraud; y que las tribus beduinas de la Arabia Saudita se dejaron embaucar por el famoso aventurero Corl. Lawrence, hábilmente manejado por la cancillería británica. Y era que, en la conciencia nacional árabe, echar a los turcos se había convertido en verdadera obsesión, después de casi 3 siglos de despotismos y tiranías, al grado de que, en todas las naciones extranjeras, los originarios de los países

árabes llegaron a perder su identidad y eran llamados simplemente “turcos”, porque sólo podían viajar con pasaporte turco. Los pueblos árabes iban a percatarse pronto de que el dominio de la Sublime Puerta había cedido su lugar a otra clase de dominio imperial tan despiadado como el anterior, aunque más sutil, aceitado con las prédicas democrático-liberales del capitalismo europeo y, sobre todo, dueño de la técnica y de las formas modernas de la administración gubernativa y empresarial. En su retirada, los turcos dejaron tras de sí, en los países árabes, una serie de aristocracias feudales terratenientes —donde el medio era propicio a la agricultura— y de pequeños emiratos o principados y feudos todavía tribales donde el *emir* o el *shaij* era el señor todopoderoso dueño de vidas y haciendas. Los nuevos amos imperiales, ingleses y franceses hallaron en estas clases el aliado natural contra la conciencia nacionaísta de los pueblos árabes.

Poco antes de la Primera Guerra Mundial apareció en el Oriente Medio un personaje que habría de embrollar y agudizar todos los problemas y todas las contradicciones internas y externas de los países árabes: el petróleo. Fue en 1909, en la forma del pequeño brote de un pozo llamado F-7, perforado por un aventurero neozelandés, William Knox D’Arcy, cerca del Golfo Pérsico, en una plaza irania conocida como Múscat Sulaimán. Pero desde 1901 se sabía ya de la existencia de petróleo en el subsuelo del Oriente Medio. Lo descubrieron los técnicos alemanes del *kaiser* Guillermo II enviados a realizar una investigación geológica en la Mesopotamia, hoy el país árabe del Irak, entonces territorio del imperio turco. Tales técnicos informaron: “La Mesopotamia está sobre un inmenso lago subterráneo de nafta, bitúmenes, hidrocarburos y gas combustible, mucho más rico que los depósitos de Bakú.” Y el *kaiser* vivió el espejismo de interminables trenes de petróleo que llegaban a Alemania por el ferrocarril que construía entre Berlín y Bagdad, por Constantinopla (hoy Estambul) y Damasco, según concesiones que intentaba obtener del sultán turco. Aunque el Canal de Suez funcionaba desde 1869, era del dominio franco-británico y el *kaiser* deseaba vías propias, alemanas, de acceso al Oriente Medio.

Al pozo F-7 de Múscat Sulaimán, tan cercano a los campos de Mesopotamia, pareció confirmar las conclusiones de los técnicos alemanes. Comenzó, así, la conocida “fiebre de petróleo” en aquella región. Al neozelandés D’Arcy no le fue difícil conseguir fondos del

Shah de Irán y de algunos capitalistas ingleses para formar la Anglo-Persian Oil Co., lo cual coincidió con los esfuerzos del primer lord del almirantazgo, Winston Churchill, para adaptar la Marina Británica al uso del petróleo combustible. En esa época, la Standard Oil de Nueva Jersey, con la sola producción de sus campos norteamericanos, dominaba el 80 por ciento del mercado mundial petrolero. Y al inglés más sagaz de este siglo no podía escapársele la necesidad de evitar a toda costa que la movilidad de la marina británica estuviese a merced de la Standard Oil, esto es, de los Estados Unidos. El pozo de D’Arcy le aportó una solución: convenció al gobierno de Inglaterra para que obtuviera una participación dominante en la Anglo-Persian Oil Co., con 2.5 millones de libras esterlinas. De este modo, Inglaterra aseguró el abasto de petróleo para las escuadras de Sir Winston e inauguró la historia verdadera del petróleo en el Oriente Medio.

Ahora es posible asegurar que ningún árabe fue consultado cuando, en 1920, las potencias aliadas vencedoras en la Primera Guerra Mundial se reunieron en San Remo para distribuirse entre ellas el antiguo imperio otomano. Los primeros ministros europeos se dedicaron a modificar la geografía de acuerdo con los intereses capitalistas de sus respectivas naciones. En el Oriente Medio —como casi en todo el Viejo Mundo— Inglaterra obtuvo la mayor tajada. Fueron puestos bajo su llamado “protectorado” los dominios de la Mesopotamia, las provincias turcas o *vilayas* de Mosul, Basra y Bagdad, que integraron un país árabe desde entonces conocido como Irak. Los territorios de Transjordania y Palestina fueron separados de la gran Siria para ser colocados bajo el imperio británico, lo mismo que Egipto. A Francia tocaron lo que quedó de Siria y el Líbano, después de que los ingleses instigaron allí, en 1860, para debilitar a los turcos, una matanza entre drusos mahometanos y maronitas libaneses cristianos, lo cual se constituyó en pretexto o razón suficiente para erigir el Líbano como país aparte, único entre los árabes con mayoría de población cristiana. En la península arábiga fue respetada la independencia de la Arabia Saudita, tal vez porque los imperialistas juzgaron, entonces, que no tenían nada que explotar en esos inhóspitos desiertos del Neyed y del Jadyás y, en cambio, mucho que perder si se atrevían a ocupar las ciudades santas del Islam, Medina y La Meca. Sin embargo, los ingleses fueron cuidadosos al fortificar el puerto y el estrecho de Aden, la salida del Mar Rojo, en el talón de la bota arábiga, para asegurar la na-

vegación por el canal de Suez. También se adjudicaron el protectorado sobre Balad Al-Yamín, el país del Yemen, en el sur de la península, y sobre los muchos pequeños feudos tribales, más o menos autónomos, de la costa de Oman y del Golfo Pérsico, entre los cuales Al-Katar, Abu Dhabi y Al-Kuwait habrían de adquirir la enorme importancia que les han otorgado sus fabulosos yacimientos petroleros. En el norte de África, Italia logró quedarse con Libia y Francia obtuvo Túnez, Argelia y Marruecos.

Mientras los imperialistas hacían este reparto del mundo árabe, otro personaje ingresaba en la historia: la Unión Soviética. Había llegado para quedarse, según lo demostró el fracaso de todas las potencias europeas que olvidaron sus rivalidades para intentar aplastar en su cuna a esa revolución socialista cuyo influjo en el Oriente Medio, como en todo el mundo, ha sido tan extraordinario.

Es necesario insistir en algunos aspectos de ese imperialismo tradicional, ortodoxo, de las naciones capitalistas europeas. El de los ingleses, por ejemplo, maestros en el arte de colonizar mediante la aplicación del maquiavélico consejo: divide y vencerás. Para asegurar su dominio en el Oriente Medio, los británicos no vacilaban en aprovechar las rivalidades entre los señores feudales y jefes tribales árabes para azuzar los unos contra los otros, lo mismo que las diferencias entre las sectas religiosas mahometanas. Así utilizó las pugnas entre la Casa de los Wahab, fundadora de la dinastía saudita, en Arabia, y la Casa rival de los Hashem. Para mantener a raya a los indómitos beduinos de Ebn Saúd, erigió al recién creado Irak en monarquía e impuso a un Hashem en el trono: al rey Faisal. Los Hashem eran y son considerados dirigentes de los musulmanes sunnistas y shiítas de Irak, Siria, Transjordania y Palestina, en tanto que los *wahabi* pugnaban por restablecer la hegemonía del islamismo ortodoxo y el rey Ebn Saúd aspiraba al antiguo título de *Emir Al-Mukminina*, o príncipe de los creyentes. Por otra parte, los ingleses alimentaban las mismas ambiciones en el rey Fuad, de Egipto, descendiente de una dinastía protegida por los turcos y fundada por Muhámmad Ali Basha, quien alguna vez llegó a dominar lo que hoy es la Arabia Saudita.

A los pequeños feudos, Inglaterra les vendía protección, a la manera de los *gangsters* de Chicago. El modelo de los convenios con los sultanes, emires o *shaiuj*, sería el siguiente: A cambio de la protección inglesa habría un tratado de "paz perpetua"; el protegido

aceptaría la presencia continua de tropas inglesas en su territorio y la asesoría de un comisionado británico en el gobierno; y se comprometería a no ceder, ni vender, ni otorgar concesiones sobre el territorio a los nacionales de otros países sin el consentimiento de la corona británica. En verdad, estas normas fundamentales, con meras variantes circunstanciales, fueron impuestas sobre todas las colonias y protectorados de Inglaterra, la cual, además, se arrogaba el manejo de las relaciones exteriores de sus dizque protegidos.

Francia imitó hasta donde pudo esta política colonial en el Oriente Medio y en el norte de África. Los árabes que se resistieron a admitir el nuevo yugo extranjero —sobre todo las tribus nómadas y seminómadas de los desiertos, acostumbrados a la libertad— fueron considerados feroces bandidos enemigos de la cultura y de la civilización. Frente a los nacionalistas árabes que luchaban contra la dominación extranjera de sus países, los propagandistas del imperialismo acostumbraron a la gente a ver como románticos héroes a los delincuentes y asesinos que se enrolaban en las legiones extranjeras francesas y en las tropas coloniales británicas.

Inútil es decir que todas las administraciones, los recursos y hasta la educación pública se pusieron al servicio de las potencias dominantes. Mis primeras letras en árabe y francés —que, por cierto, ya se me olvidaron— las aprendí aquí, en México, con un profesor libanés y en un texto oficial, bilingüe, usado en las escuelas primarias libanesas bajo el protectorado de Francia. Nunca olvidaré una de sus páginas donde se hacía decir y repetir a los niños libaneses lo siguiente: "La Francia es nuestra madre." "La Francia nos quiere." "La Francia nos protege." "¡Vive la France!"

Quedó abierto, así, el camino para la penetración económica europea en los países árabes. Y es aquí donde también entran en escena los Estados Unidos, pese a los 14 democráticos y bien intencionados puntos del presidente Woodrow Wilson. Los mexicanos y latinoamericanos saben, mejor que nadie, cómo han funcionado, funcionan y se manejan los Estados Unidos en esta clase de negocios. Sus infantes de Marina se sienten muy orgullosos de su primera intervención en Libia, país árabe del norte de África. Siempre están dispuestos a desembarcar en cualquier parte, según la primera estrofa de su himno: "Desde las tierras de Moctezuma —es decir, las mexicanas— hasta las playas de Trípoli... ", las de Libia; sólo que este himno ya

se ha quedado corto. Ahora debería decir “hasta las playas de Vietnam”.

También es sabido que las declaraciones gubernamentales norteamericanas siempre parecen estar repletas de las mejores intenciones; pero muy rara vez, casi nunca, coinciden con las intenciones y los deseos de sus grandes empresas monopólicas internacionales, cuyos intereses deciden el curso de la política exterior de ese país.

Apenas constituido el Irak, el primer acto gubernamental del rey Faisal fue otorgar a la Anglo-Persian Oil Co., convertida en Anglo-Iranian Oil Co., y dominada por el gobierno británico, una concesión para explorar y explotar petróleo, bitúmenes e hidrocarburos en todo el territorio iraqués. Para usar de esta concesión, aquella empresa creó la British Petroleum Co., con el objeto de asociarse con la anglo-holandesa Royal Dutch & Shell, que entonces dirigía el famoso Enrique Augusto Guillermo Deterding, apodado “El Lobo”.

Sin embargo, desde 1916, la Standard Oil de Nueva Jersey y la Standard Oil de Nueva York (Socony Mobil Oil), empresas hermanas, habían comenzado a disputar al gobierno británico y a Deterding las concesiones petroleras de Oriente Medio. Con el auxilio del Departamento de Estado, integraron una empresa denominada Near East Development Corp (Corporación para el Desarrollo del Oriente Cercano). El afán de desarrollar países extranjeros no es nuevo en los Estados Unidos.

La asociación de la British con la Royal Dutch —de donde surgió la Irak Petroleum Co., usufructuaria de la concesión— fue un rudo golpe para los norteamericanos, quienes se dedicaron a realizar toda clase de maniobras económicas, en las bolsas de valores y en los mercados, para hacer la vida imposible a Deterding y sus socios. La guerra entre los lobos recrudesció desde que en un día feliz de 1927, los exploradores de la Irak Petroleum Co., dieron con un gran yacimiento en Baba Gúrgur, región de Mosul. Así, el lago de petróleo que era turco y pudo ser alemán, resultó inglés, lo cual fue intolerable para la poderosa Standard Oil. Una nueva y feroz batalla entre los gigantes se desató en todos los mercados petroleros del mundo. Pero Deterding ya se halló en posición firme y ventajosa para intentar un acuerdo con los lobos norteamericanos. Mediante los buenos oficios de un capitalista armenio, Galust Sarkis Gulbekian, logró reunir, en su castillo de Achnacarry, Escocia, a los representantes de la British Petroleum, de la Near East Development (el grupo

de la Standard Oil) y de la Ciè. Française des Petroles (el trust francés), además del grupo de la Royal Dutch, representada por Deterding mismo. Nadie abandonó ese castillo antes de convenir en la integración de un poderoso cártel, que, por principio de cuentas, allí mismo se repartió las participaciones en el petróleo irakés. Incluso el señor Gulbekian fue recompensado con un 5 por ciento y se convirtió en uno de los primeros multimillonarios hechos por el petróleo en el Oriente Medio, con el apodo de “Señor 5 por ciento”.

Desde entonces, 1928, este cártel gobierna el mundo petrolero. Se ha modificado en el curso del tiempo. En 1960 ya predominaba en él la Standard Oil de Nueva Jersey con un capital de 10 mil 90 millones de dólares, seguida por la Royal Dutch Shell, con casi 9 mil millones; la British contaba poco más de 2 mil millones; pero también estaban las empresas norteamericanas Socony Mobil Oil (3 455 millones); la Texas Gulf Co. (3 647 millones) y la Standard Oil de California (2 782 millones). En suma, en el cártel los norteamericanos mandan con un total de casi 24 mil millones de dólares contra sólo 11 mil millones de la aportación de los demás. Unas 19 empresas pequeñas quedaron fuera del cártel, todas norteamericanas. De ellas, 9 se unieron para integrar la Iricon Agency Co., que consiguió una participación de 5 por ciento en el petróleo de Irán; las otras 10 formaron la American Independent Oil Co., para buscar y explotar petróleo en la llamada Zona Neutral —entre Arabia Saudita y Al-Kuwait, administrada por ambos países— según concesión que duraría 60 años a partir de 1948.

El cártel es dueño de todo lo demás en el Oriente Medio. Para cada concesión ha formado una empresa distinta. Por ejemplo: las mismas empresas que crearon la Irak Petroleum Co., en 1928, integraron la Mosul Petroleum Co., para explotar una concesión por 75 años, a partir de 1932, en territorio de Irak al oeste del río Tigris; la Katar Petroleum Co., en 1935, para explotar durante 75 años el petróleo en todos los dominios del Shaij de Katar y sus aguas territoriales; la Basra Petroleum Co., para explotar por 75 años, desde 1938, el petróleo del territorio de Irak y sus islas no cubierto por las concesiones de la Irak Petroleum y de la Mosul Petroleum ya citadas. Con esto, Irak quedó totalmente en manos de las dos empresas más poderosas: la Standard Oil de Nueva Jersey y la Royal Dutch & Shell.

La Arabian American Oil Co. (Aranco) obtuvo, en 1933, una concesión sobre 950 mil km² del territorio de Arabia Saudita, con sus islas y plataformas continental. Su término: 66 años. Integraron la Aramco, en partes iguales de 30 por ciento cada una, la Standard Oil de Nueva Jersey, la Standard Oil de California y la Texas Co. El 10 por ciento restante, la Socony Mobil Oil. Las empresas norteamericanas se reservaron así, en exclusiva, el petróleo árabe saudita.

La concesión sobre el petróleo de Bahrain, también en la península arábiga, expira en el año 2024; la maneja Baharain Petroleum Co., integrada a partes iguales por la Standard Oil de California y la Texas Co.

El grupo de la Royal Dutch formó la Shell Overseas Exploration Co. Ésta, a su vez, creó la Shell Co. of Katar que explota la plataforma continental de Katar, más allá de los límites de las aguas territoriales, que no caía en la concesión de la Katar Petroleum.

Los extraordinariamente ricos yacimientos de Kwait son explotados por dos empresas. D'Arcy Kwait Co., y Gulf Kwait Co. Ambas integraron una tercera, la Kwait Oil Co., que se encarga de los trabajos directos. La primera empresa pertenece a la British Petroleum Co., y la segunda a la Gulf Oil Corp. Así, la inglesa y la norteamericana se han dividido por mitad al petróleo de todo el Kwait y sus aguas territoriales hasta el límite de 6 millas marítimas. La concesión primera se extendió por 75 años, a partir de 1934; pero en 1951 fue ampliado el plazo hasta el año 2026.

El petróleo del sultanato de Abu Dhabi (costa sur de la península arábiga) se ha encontrado sólo en la plataforma continental. Lo explotan la British Petroleum Co., en 2 tercios, y la Cie. Française des Petroles, en el tercio restante, asociadas, en esas proporciones, en la Abu Dhabi Marine Areas, Ltd. La concesión es por 65 años a partir de 1963.

La única empresa independiente y no asociada que ha logrado una concesión en el Oriente Medio es la Pacific Western Oil Corp, norteamericana, que pertenece a los intereses de John Paul Getty. Explora y explota en la parte administrada por Arabia Saudita de la Zona Neutral con Kwait. La concesión es por 60 años, a partir de 1949.

Todo ello debe contestar con creces a la pregunta de cuándo y cómo ingresaron los norteamericanos en el embrollo del Oriente Medio y qué es lo que tienen que hacer allí. A ese panal de rica miel acudieron 2 mil moscas. Y respecto al comportamiento de esta clase de moscas, basta sólo imaginar la Huasteca Petro-

leum Co., la Cía. Mexicana de Petróleo "El Aguila", con un poder más de 10 veces superior al que tenían durante sus días felices en México, con procedimientos más afinados y refinados, con una técnica mucho más avanzada, pero con el mismo deseo de dejar tan seco el subsuelo del Oriente Medio como seca y desolada es la superficie de esa región.

Inglaterra y los Estados Unidos han tenido y tendrán mucho que hacer allí. Ante todo, alargar la explotación por lo menos hasta el año 2050, porque la intención natural del cártel imperialista es la de renovar las concesiones que caduquen y alargar los plazos *ad infinitum*. La medida de la explotación puede colegirse de lo siguiente: producir un barril de petróleo en los Estados Unidos cuesta 1 dólar y 27 centavos, en Venezuela, 23 centavos y en el Oriente Medio sólo 6 centavos de dólar. En realidad, en esta última región cuesta mucho más extraer un barril de agua. Pero los precios del cártel se rigen por los costos más altos y son éstos los que se contabilizan. De esta manera, tan sólo las 8 empresas que explotan el petróleo del Golfo Pérsico tuvieron utilidades de 9 mil millones de dólares, en el periodo 1945-60, a razón de 600 millones por año, en promedio, que se convirtió en casi 750 millones por año en el periodo 1961-1968. En contraste, según un cálculo norteamericano, poco menos del 2 por ciento de las utilidades totales ha ido a beneficiar a las masas populares del Oriente Medio. Aparte de la mínima proporción que ha tenido acceso a los salarios petroleros, la inmensa mayoría de las poblaciones árabes afectadas continúa en muy precarias condiciones de vida, de trabajo, de salud y de educación.

¿Qué han hecho los imperialistas para salvaguardar sus privilegios y sus intereses? Sería mejor preguntar qué no han hecho. A los británicos les faltaba mantener una fuerza permanente en el Oriente Medio, una cuña que tuviese sujetos y tranquilos a los árabes. Y en la inteligencia de que la cuña más efectiva debe ser del mismo palo, en 1932 convirtieron a Transjordania —20 por ciento malas tierras agrícolas y de pastos y 80 por ciento de mera prolongación, hacia el norte, de los desiertos arábigos del Neyed— una región que sólo con muy buena voluntad puede llamarse país, la convirtieron en la actual Jordania. La erigieron en reino con un monarca también extraído, como el de Irak, de la familia Hashem. Jordania ha sido la base y el cuartel general de un ejército de beduinos, la Legión Árabe, que pronto adquirió la fama de ser el mejor armado, equipado y disciplinado a la inglesa de todo

el Oriente Medio. Su misión era la de patrullar el desierto en busca de "bandidos" nacionalistas, proteger los oleoductos y las instalaciones petroleras y constituirse en amenaza contra cualquier insubordinación o indisciplina de los gobiernos árabes "protegidos" por Inglaterra. El territorio de Palestina sirvió para acantonar tropas coloniales británicas y sus puertos, como los egipcios, se acondicionaron como base de la flota de su majestad imperial para proteger el canal de Suez, que también fue fortificado.

Las empresas petroleras han hecho lo suyo mediante esa especie de soborno que se llama "regalías petroleras", arma ésta que ha resultado mucho más efectiva que todas para provocar envidias, regateos, rivalidades y enemistades surgidas de la competencia condiciosa e impedir, de este modo, una unión eficaz de los países árabes en el camino de la liberación. Sin embargo, la revolución de Mosádeg, en Irán, que llegó a expropiar las empresas petroleras británicas, en 1947, fue un primer golpe popular que sacudió a los imperialistas en el Oriente Medio. Los gobiernos árabes se aprestaron a ser más exigentes con las compañías, en tanto surgían diversos movimientos populares para presionar en favor de las nacionalizaciones. Todo ello se atribuyó a la guerra fría. Aparecieron el llamado *Plan Truman* y el *Pacto de Bagdad*. La Sexta Flota norteamericana fue movilizada en el Mediterráneo. Tropas de los Estados Unidos desembarcaron en Siria y el Líbano... Pero Inglaterra, más avanzada en estos achaques imperialistas, recordó que uno de sus lores, el señor Balfour, en 1936, acuciado por las persecuciones antisemitas en Alemania, había declarado que los judíos sionistas deberían tener un hogar en el suelo de sus remotos, pero mucho muy remotos antepasados: Palestina. Así, en mayo de 1948, los británicos declararon terminado su protectorado sobre ese territorio y, con el auxilio y la bendición de los Estados Unidos, permitió que oleadas armadas de judíos lo invadieran y echaran de él, por la fuerza, a los descendientes de otros semitas que los habían ocupado desde siempre.

Este problema merecería una larga discusión aparte. Aquí sólo se quiere señalar que los imperialistas, en el Oriente Medio, han utilizado a Israel, desde entonces, como nueva cuña entre los países árabes, y lo han convertido en un Estado represivo, discriminador en el interior y dispuesto a la agresión y a la expansión en el exterior.

Sobre este panorama, tan a grandes rasgos descrito (de pueblos sujetos a la tiranía de la miseria sobre un

subsuelo tan rico y tan ajeno, en países petroleros gobernados por oligarquías y gobiernos insensibles a la voluntad popular y subyugados por los intereses imperialistas) ya es posible proyectar la figura y la obra revolucionaria de Gammal Abd Al-Náser.

En el lujoso restaurante *Ile de France*, en Roma, Italia, un hombre maduro, bien parecido, grueso y ventripotente, se desplomó sobre su mesa. Se llamaba Fuad Faruk Eben Fuad. Era el ex rey de los egipcios, penúltimo sucesor de la dinastía de Muhammad Ali. Allí murió, como tal vez siempre deseó morir, en las primeras horas de una madrugada, ante una mesa bien servida, con ricos manjares y copas llenas de buen vino, y en compañía de una dama elegante. Esa madrugada fue la del miércoles 17 de marzo de 1956. Una congestión apoplética acabó con él, a los 45 años de edad y después de 30 años de una vida sibarítica repleta de dispendiosos lujos y refinados placeres.

Faruk salió de Egipto en 1952 con una fortuna personal equivalente a 250 millones de dólares. Y según las noticias últimas, cuando su pesada humanidad se derrumbó sobre las viandas y los vinos del *Ile de France*, esa fortuna se había esfumado.

Faruk nació en 11 de febrero de 1920, en El Cairo. Fue educado a la inglesa, en Eaton y Oxford, según la norma británica de modelar en el respeto y la colaboración hacia el imperio a los hijos de dirigentes nativos de los dominios ingleses. A los 16 años sucedió a su padre, el rey Fuad, en el trono de Egipto, al amparo de una regencia, en tanto cumplía su mayoría de edad.

Junto con el trono de Egipto, Faruk heredó los más grandes latifundios de su país y el dominio sobre cientos de miles de *felajín* (peones agrícolas) que trabajaban sus tierras por un jornal equivalente a 70 centavos mexicanos por día, o como aparceros y arrendatarios, sujetos al capricho y a los malos tratos de los administradores y capataces del monarca. Pero Faruk heredó, además, las condiciones que hicieron inevitable su caída, como inevitable fue la revolución que lo destruyó.

Pese a 3 mil años transcurridos, Egipto continuaba siendo, como en los tiempos del gran historiador griego Herodoto, "el milagro del Nilo". Sus 994 mil kilómetros cuadrados constituyen la prolongación del desierto del Sahara. Pero el Valle del Nilo lo divide en dos partes: la occidental, donde unos cuantos oasis son refugio de beduinos pastores y recolectores de

dátiles; y la oriental donde ni una sola mancha verde interrumpe la monotonía gris de las arenas y de las extensiones pedregosas calcinadas por el sol durante el día y heladas por cierzo nocturno. Sólo el Valle del Nilo es Egipto. Un valle de 35 mil kilómetros cuadrados (sólo el 3.5 por ciento del territorio) donde se apiña el 80 por ciento de los 33 millones de habitantes del país.

En los tiempos de Faruk, la cuenca del Nilo pertenecía a no más de 2 mil familias. Una oligarquía de latifundistas dueña de todo. De las tierras y del agua; del gobierno y del poder político en todos los rincones del país; de la educación y la cultura. Una oligarquía donde Faruk y los descendientes de Muhámmad Ali, ejercían un poder casi absoluto a despecho de la Constitución de 1923 y en connivencia con las autoridades del imperio británico. Baluarte del absolutismo monárquico eran los militares, mimados, siempre deseosos de prebendas y con ambiciones insaciables de poder económico y político.

Y por debajo de esa oligarquía terrateniente, después de una delgadísima capa media de intelectuales y profesionales, de funcionarios menores, religiosos y civiles, se hallaba la gran masa del pueblo, el 90 por ciento de la población, los *felajín*, que con su esfuerzo físico, incluso tirando ellos mismos de los arados, hacían producir las fertilísimas tierras del Valle del Nilo para sostener las extravagancias de Faruk y los fuertes dispendios de las familias latifundistas en los lugares de veraneo más lujosos y caros de Europa.

Egipto, entonces, se parecía extraordinariamente al México de las deprimentes condiciones de los últimos años del porfiriato. Y fue necesario, primero, que estallase la Segunda Guerra Mundial y trajera consigo la cauda de transformaciones en todo el mundo, para que los antiguos países coloniales y semi-coloniales se lanzaran esforzadamente en pos de su independencia nacional. Egipto no pudo escapar a esta aspiración. Allí, como en otras partes del Tercer Mundo, la opresión extranjera se identificaba con la oligarquía terrateniente. Las presiones populares comenzaron a dejarse sentir en levantamientos aislados de los *felajín* contra las arbitrariedades de los administradores y capataces en las tierras de los hacendados ausentistas. Y sólo el gran conflicto provocado por la creación del Estado de Israel, en la antigua Palestina, pudo aplazar la revolución. La guerra contra Israel sustituyó, en el ánimo de los egipcios, el disgusto por sus precarias condiciones de vida con

la explotación del sentimiento patriótico del panarabismo y el religioso del panislamismo. Faruk se hizo considerar paladín de ambos sentimientos.

Sin embargo, el atraso y la corrupción en que se debatía el gobierno hicieron fracasar los intentos de Faruk por impedir la formación del Estado de Israel. La guerra contra este nuevo Estado también fue desastrosa para Egipto. Su ejército, mal equipado y peor armado, sin auténtica disciplina, padeció graves derrotas que condujeron al armisticio de Rodas, el 24 de febrero de 1949, después de 10 meses de lucha. Éste fue el principio del fin para Faruk y la monarquía en Egipto.

En 1951, cientos de campesinos armados con azadones, hoces y guadañas, asaltaron la casa señorial ("casa grande", en términos mexicanos porfirianos) en el pueblo de Bujut, encalvado en el enorme latifundio de la familia Badraui-Ashur, en la provincia de Garbiya. Fueron recibidos a balazos por los "guardias blancos" de la hacienda. Después, los *felajín* de otros poblados se les unieron y el administrador de la hacienda recurrió a la fuerza pública. Las tropas de Faruk realizaron una matanza de campesinos. Esto ocurría en Egipto por vez primera en los últimos 300 años.

Otros levantamientos similares se sucedieron desde entonces. Todos ellos espontáneos, como debieron serlo las rebeliones de los siervos en la Edad Media europea. Y casi todos ocurrieron en las propiedades de los descendientes de Muhámmad Ali, incluso en las de Muhámmad Ali Tufik, pretendiente del trono egipcio. Sin embargo, ninguno de los partidos egipcios se preocupaba por inculcar en los programas siquiera un remedo de reforma agraria.

Mientras el joven Faruk era coronado rey, el 29 de julio de 1937, otro joven, estudiante de la Academia Militar, reunido con otros jóvenes en el cuarto oscuro de una casa de viviendas situada en un barrio pobre de El Cairo, prestaba un extraño juramento: matar a todo funcionario, militar, civil o eclesiástico, que cometiera cualquier acto en contra de la soberanía y de la independencia de Egipto. Era un juramento semejante al que rendían los mafiosos de la gran Hermandad Musulmana, una organización imbuida de fuerte nacionalismo; pero manchada de las teorías nazifascistas y de los métodos del antiguo anarquismo europeo. Aquel joven se llamaba Gammal

Abd Al-Náser, que en traducción literal significa Hermoso, Siervo del Misericordioso (Alah) o de Dios Misericordioso. Había participado en muchas organizaciones políticas estudiantiles, liberales y nacionalistas. Pero él prestaba ese juramento sin verdadera convicción. Así lo confesó en un escrito titulado: *La filosofía de la revolución*. Y sólo pudo participar en el primer atentado de ese grupo juvenil contra la vida de un político allegado al trono egipcio.

En esa ocasión, después de disparar sobre la víctima, corrió asustado a su casa y se tiró de espaldas en la cama. Así permaneció largo tiempo, “presa de intensas emociones y envuelto en una nube de humo de tabaco”, según él mismo escribió. Se preguntaba: “Y ahora, ¿qué?” Y deseaba que el hombre no hubiera muerto. Se convenció a sí mismo de que el atentado, el asesinato, no era “una acción positiva”. Los métodos debían ser cambiados. Era necesario hallar otros que condujeran a la acción positiva. “Entonces —escribió Abd Al-Náser— trazamos las primeras líneas del plan que culminó el 23 de julio de 1952... El plan de una revolución surgida de los corazones del pueblo que condujera sus esperanzas y sudores hacia adelante, hacia el futuro...” Esto ocurrió en 1936. Y desde entonces el destino del rey Faruk se había decidido.

Gammal Abd Al-Náser, en 1952, era miembro de un llamado Comité de Oficiales Libres, en el Ejército de su país. Presidía el comité un entusiasta coronel nacionalista, Muhámmad Nayib. Y fue éste quien, en la mañana del 23 de julio de 1952, invitó al rey Faruk a ausentarse de Egipto en su lujoso yate *Mahrusa* —La Coqueta—, que esperaba anclado en Alejandría. Una junta militar presidida por Nayib, se encargó del gobierno en aparente regencia por el bebé-rey Ahmad Fuad, heredero de Faruk. Los militares no ocultaron el carácter de su golpe de Estado. Lo llamaron *inkilab*. Literalmente: *revuelta*, o cuartelazo, en la expresión mexicana. Nayib lo explicó así:

Puedo asegurarles que nuestro movimiento no está ligado, directa o indirectamente, a ningún partido político. Es completamente independiente y su solo objetivo es asegurar la institución de un gobierno saludable en beneficio del país... Su meta principal es purgar al Ejército mismo de sus elementos corruptos y después procurar que el gobierno se purgue a sí mismo...

Pero Abd Al-Náser no deseaba una mera *inkilab*, sino una *taharir*, esto es, una verdadera revolución social. Vio con disgusto cómo Nayib procuraba un simple cambio de personas en el gobierno y cómo se ponía en camino de construir su propia dictadura, incluso por encima del Consejo de la Revolución que debía ser el auténtico cuerpo gobernante. Nayib abolió la Constitución de 1923. De inmediato prohibió la existencia de todos los partidos políticos y declaró que se restablecería el gobierno constitucional “en el plazo de 3 años”. Los partidos fueron sustituidos por un Frente Único de Liberación dirigido por el gobierno. Y en 18 de julio de 1953 Nayib declaró abolida la monarquía. Egipto se convirtió en república con el mismo Nayib como presidente y primer ministro. Abd Al-Náser fue designado viceprimer ministro. La Hermandad Musulmana fue puesta fuera de la ley. Y entre esa fecha y el 23 de junio de 1956, en que Abd Al-Náser se convirtió en presidente y primer ministro, Egipto tuvo que librar fuertes luchas por su independencia total que ocurrió cuando las tropas inglesas abandonaron definitivamente el Canal de Suez y éste fue nacionalizado.

No es preciso narrar hazaña tan conocida como fue la nacionalización del Canal de Suez, sólo comparable con la expropiación de las empresas petroleras en México, durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas. Tal hazaña consagró, en la conciencia árabe, a la persona del señor Abd Al-Náser como dirigente indiscutible del afán patriótico y nacionalista de los pueblos en el Oriente Medio. Pero conviene recordar que Egipto fue agredido por ello con las fuerzas militares coaligadas franco-británicas —además de las bien amaestradas del Estado de Israel. Sólo la intervención enérgica de la Unión Soviética y de los Estados Unidos (una, en respuesta a compromisos previos con la RAU, y los otros, ante el temor de una sublevación general en los países árabes que pusiese en peligro los cuantiosos intereses petroleros) pudo librar a Egipto de la ocupación militar total y al mundo de una tercera guerra mundial.

La República Árabe Unida se estableció en 21 de febrero de 1958 mediante la unión de Egipto y de Siria. Pero en 29 de septiembre de 1961 Siria proclamó su independencia respecto de Francia y se separó de la unión con Egipto, país este que de todas formas conservó el nombre de República Árabe Unida. Para todo el mundo, la creación de esta República obedeció

ció a una poderosa idea basada en la unidad de los pueblos árabes y no sólo de las oligarquías gobernantes, de acuerdo con la clase de nacionalismo revolucionario promovido por Gammal Abd Al-Náser. Se trataba, pues, de que la idea de la unidad árabe sirviese para la liberación nacional y no para fortalecer los privilegios de aquellas oligarquías, por demás alimentadas y sostenidas por las potencias extranjeras.

En verdad, los países árabes con gobiernos más o menos autocráticos vieron en la creación de esa república una amenaza para la seguridad de sus regímenes basados en el poder oligárquico y trataron de contrarrestar el influjo de la RAU con la integración de una federación de Estados árabes bajo el influjo del anticomunista *Pacto de Bagdad*, y cuyo núcleo serían el Irak del rey Faisal y la Jordania del rey Husein.

A pesar de todos los obstáculos la obra revolucionaria del señor Abd Al-Náser fue tenaz y continuada. Es posible seguirla casi paso a paso desde la formación de la RAU hasta el día en que el benemérito egipcio murió.

El 8 de marzo de 1958, el país del Yemen se federó a la RAU y expresó así su total solidaridad con el régimen egipcio. En 10 de julio de ese año, el rey Faisal de Irak fue derrocado por un movimiento revolucionario que dirigió Abd Al-Karim Al-Kásem y la República fue establecida en ese país. La RAU la reconoció de inmediato y le ofreció toda clase de apoyo. Fue ésta una etapa de grandes conmociones en el Oriente Medio. Tropas norteamericanas desembarcaron en el Líbano y fuerzas militares británicas fueron movilizadas en Jordania. Abd Al-Náser respondió a este reto con un tratado de defensa mutua entre la RAU e Irak. Jordania rompió relaciones con la RAU.

En realidad, era fácil advertir que en el Oriente Medio ya se libraban abiertamente luchas populares en dos frentes: uno contra la intervención extranjera y otro contra las oligarquías reaccionarias. También fue evidente que el movimiento revolucionario, en el que intervenían, no sólo los partidos y grupos nacionalistas, sino también diversas organizaciones populares y los partidos con programas socialistas y comunistas, resultaba demasiado heterogéneo. Tan gran diversidad de grupos y partidos iba a producir, como ha producido hasta hoy, fuertes pugnas y fricciones internas que debilitarían la lucha por los objetivos comunes de liberación nacional para todo el mundo árabe. Debió ser muy pesada la tarea de Gammal Abd

Al-Náser cuando tuvo que convertirse en el catalizador de todas estas pugnas y diferencias entre los revolucionarios nacionalistas, al mismo tiempo que procuraba edificar un frente único de los gobiernos árabes para contrarrestar las fuertes presiones de las potencias imperialistas, las cuales, además, fortificaban a Israel con el propósito de convertirla en una amenaza creciente para los pueblos árabes. El gobierno de la RAU se vio forzado a cerrar el Canal de Suez a las naves procedentes de Israel o que condujesen carga destinada a puertos israelitas. En represalia, según se recuerda, los sionistas europeos y norteamericanos organizaron un boicot en contra de las naves de la RAU y de los cargamentos destinados a ella.

No obstante todas estas y otras dificultades no menos graves, el señor Abd Al-Náser no cesó de repetir su voluntad pacifista; el deseo de la RAU de mantener relaciones amistosas con todo el mundo, con capitalistas y socialistas, en tanto los demás países respetaran el derecho de autodeterminación y el principio de no intervención respecto de las naciones árabes. Así aceptó el auxilio financiero, no sólo de los organismos de las Naciones Unidas, sino de los Estados Unidos, de Inglaterra y de la Unión Soviética para construir la gran presa de Aswan y conducir otros proyectos para el desarrollo económico de la RAU.

En 11 de febrero de 1960 el gobierno de la RAU nacionalizó el Banco Egipcio que manejaba más de 20 empresas industriales y entre ellas las más grandes del país. En 24 de mayo de ese mismo año el presidente Abd Al-Náser decretó la nacionalización de los principales diarios que se publicaban en El Cairo para colocarlos en el dominio del Partido de la Unión Nacional, el partido de la Revolución en el poder. Esto fue realizado, según el decreto, en la tesis de que el capital privado no debía dominar los instrumentos de difusión masiva, puesto que, en tales manos, constituyen un grave peligro para la revolución, la seguridad y la sociedad.

En junio de 1961 la RAU nacionalizó el comercio exterior del algodón y otros productos y clausuró la Bolsa de Alejandría. En el siguiente mes fue nacionalizado en su totalidad el comercio de las importaciones y puesto al cuidado de 9 empresas gubernamentales. El gobierno declaró:

La experiencia ha demostrado, más allá de toda duda, que la empresa privada no puede encargarse de las importaciones con sus propios medios, ni abrirse camino a través de los bloques económicos exteriores. Las transacciones comerciales, en la actualidad, deben concentrarse en manos honestas y poderosas, equipadas con la orientación gubernamental para precaver que una pequeña minoría de personas o de organizaciones privadas monopolicen las principales mercancías y obtengan ganancias ilegales a costa de la economía del país.

Unos 6 días después de esto, se produjo la expropiación de la empresa naviera más importante de Egipto, la Yedival Mail Line.

Apenas transcurridos otros 10 días, la RAU, tanto en Egipto como en Siria, nacionalizó todas las compañías bancarias y de seguros, 73 en la región egipcia y 23 en la siria. En el día siguiente, 348 empresas de todas clases, financieras, industriales y comerciales fueron nacionalizadas, aunque muchas de ellas ya se hallaban bajo el dominio de organización estatal para el desarrollo económico.

En 23 de julio de 1961, noveno aniversario de la Revolución Egipcia, el presidente Abd Al-Náser declaró que la jornada de trabajo sería reducida de 8 a 7 horas al día y que las empresas serían autorizadas para trabajar 3 turnos diarios. Así crecerían la ocupación y la producción. En esa ocasión volvió a expresar la definición de su concepto del "socialismo árabe", cuyos orígenes él colocaba en las enseñanzas de Al-Korán y del profeta Mahoma, como "un socialismo humano que tiene fe en los individuos y en el derecho a una vida personal". En ese día el pueblo le gritaba: "Nacionaliza, nacionaliza". A lo que él contestó: "Ya no queda nada. Lo hemos nacionalizado todo." Los afectados por las nacionalizaciones fueron compensados mediante bonos del Estado negociables al 4 por ciento de interés.

Las providencias de reforma agraria, según parece, han sido dirigidas más a acrecentar la cantidad de pequeños propietarios, según el modelo de *homestead* o propiedad familiar, que a socializar o colectivizar las tierras. La revolución agraria fue dirigida personalmente por el señor Abd Al-Náser con el auxilio de muchos consejeros economistas y de otras profesiones. El control gubernamental ya había sido extendido sobre el 90 por ciento de lo que los economistas egipcios llaman el sector organizado de la economía, lo cual significa que permanecían intocados sólo el

pequeño comercio al menudeo, los talleres artesanales y otras empresas de poca magnitud. Pero no en todos los sectores económicos se aplicó la nacionalización en la misma medida. Por ejemplo, los bancos, financieras, compañías de seguros e industrias básicas fueron nacionalizadas por completo; otros negocios, entre ellos, de modo principal, las fábricas textiles, fueron obligados a aceptar la participación del gobierno en un 50 por ciento; administraciones gubernamentales fueron colocadas en 91 empresas; y todas las personas fueron obligadas a no poseer más de 10,000 libras egipcias cada una en acciones o valores, con el objeto de que ningún particular pudiese llegar a adueñarse de alguna empresa. Las personas afectadas en sus tierras o en sus capitales en valores fueron compensadas con bonos gubernamentales a 15 años y al 4 por ciento de interés.

Todo esto de ninguna manera se parece al socialismo soviético o a otra clase de socialismo, según las definiciones más aceptadas. Seguramente por ello el señor Abd Al-Náser ha sido objeto de los más rudos ataques de los partidos comunistas del Oriente Medio y aun de algunos gobiernos, como el de Irak en la época de Abd Al-Karim Al-Kásem, cuyas declaraciones llegaron a ser gravemente insultantes en contra del presidente de la RAU.

Desde luego, la reacción derechista organizó diversos complots para derrocar al gobierno y contener la revolución. Gammal Abd Al-Náser se apoyó siempre en el pueblo para vencer estas oposiciones reaccionarias. Ante todo, convocó al Congreso Nacional de las Fuerzas Populares, cuyos miembros serían 1 750, de los cuales 250 se constituirían en comité organizador. Los representantes al congreso serían designados mediante elecciones populares, en las siguientes proporciones: campesinos, 25 por ciento; obreros, 20 por ciento; dirigentes sindicales 15 por ciento; empresarios, 10 por ciento; servidores públicos, 9 por ciento y el 21 por ciento restante, maestros, estudiantes y mujeres en iguales proporciones. Este congreso se reunió en mayo de 1962 para discutir y aprobar una Constitución de la República Árabe Unida.

El Comité Organizador del Congreso se integró en 25 de noviembre de 1961. Fue nombrado subsecretario el señor Anuar Al-Sádat, quien hoy ocupa la Presidencia de la RAU. Los observadores extranjeros comentaron: "Se hallaban ausentes los millonarios y los miembros de las familias más ricas que antes dominaban en Egipto y para quienes, según el señor Abd

Al-Náser, ya no había más lugar en la República Árabe Unida." Era evidente que la revolución se proponía, ante todo, procurar una mejor distribución del ingreso y todos sus programas han demostrado encaminarse hacia esta meta. Por otra parte, en la convocatoria a las elecciones para el Congreso Nacional de las Fuerzas Populares se prohibió el voto a todas las personas cuyos derechos políticos fueron limitados como resultado de los programas de reforma agraria y de nacionalización de los recursos económicos.

Mientras tanto, el gobierno mismo demostró que no todo había sido nacionalizado, puesto que, en 28 de diciembre de 1961, el presidente Abd Al-Náser anunció la expropiación de todas las propiedades agrarias que permanecían en poder de extranjeros y su consecuente distribución entre campesinos sin tierras. Esto afectó unas 80 000 hectáreas que se hallaban en manos de terratenientes griegos e italianos, principalmente. Más tarde, según la información del periódico *Al-Yumhuriya*, el gobierno intervino todas las escuelas extranjeras, las cuales serían del dominio público a partir de septiembre de 1962. Esto afectó a 204 escuelas, 85 por ciento de ellas manejado por la Iglesia católica y el resto por italianos, alemanes, franceses y norteamericanos. Los planteles británicos ya habían sido nacionalizados desde 1956. El mismo día acusó a los directores de estas escuelas de haber conducido propaganda en favor del imperialismo y aun, de modo descarado, en favor de Israel. Pocos días después, tocó el turno a las panaderías y a los molinos de harina, aunque, respecto de las más grandes empresas de esta clase, el gobierno sólo exigió la participación del 50 por ciento.

Poco antes de que se iniciara el Congreso Nacional de las Fuerzas Populares, los trabajadores de la RAU recibieron el primer reparto de utilidades de las empresas nacionalizadas. Todas estas empresas destinan a ello el 25 por ciento de sus utilidades según una tabla que favorece a los trabajadores de menores ingresos. Sin embargo, la RAU tiene 1.5 millones de obreros industriales, que constituyen una muy pequeña minoría, comparada con los 20 millones de campesinos.

Lo importante es que el socialismo árabe ha otorgado a estos últimos la propiedad de las tierras, les ha ampliado las zonas de cultivo mediante una serie de presas, de las cuales la de Aswan es la más grande, que además se aprovechan para electrificar extensas

zonas rurales. También funciona un sistema de precios de garantía para las cosechas y de cooperativas que permiten obtener, a precios bajos, semillas, fertilizantes, aperos, maquinaria agrícola y muchos artículos de primera necesidad mediante organismos administrados por el Estado.

En 21 de mayo de 1962 se reunió el Congreso Nacional de las Fuerzas Populares, ante el cual el presidente Abd Al-Náser presentó un proyecto de Carta Nacional que sería la base de una constitución. Entre sus principales cláusulas se estatuyó que los campesinos y los obreros industriales ocuparían siempre la mitad de los asientos en cualquier cuerpo representativo de la nación, incluida la Asamblea Nacional; que los cuerpos de elección popular siempre tendrían mayor autoridad que las ramas del Poder Ejecutivo, puesto que, de acuerdo con la ideología del "socialismo árabe", ninguna clase social dominaría en la nueva sociedad egipcia; la carta propuso, también, la total igualdad de los sexos y aseguraba todo género de garantías y derechos para los ciudadanos, la seguridad económica y la igualdad social, y otras prerrogativas de orden popular encaminadas a establecer ese tipo de socialismo.

En esa ocasión, el presidente Abd Al-Náser declaró que las metas propuestas se alcanzarían si la producción económica era duplicada cada 10 años y si la democracia política, la libertad en todos sus aspectos, correspondía a una democracia económica también en todos sus aspectos. La única concesión que se dejó a la propiedad privada fue el derecho de heredarla; pero el Estado debería manejar toda la producción de bienes y servicios. El presidente Abd Al-Náser también programó cambios muy importantes en cuanto al sistema político y administrativo. "Debemos pasar —decía— a la fase de la dirección colectiva que es necesaria para protegernos de cualquier desviación personalista." Así, la revolución egipcia sería el modelo para todos los cambios estructurales que pudieran realizarse en los países árabes, hasta lograr la unión socialista de todas esas naciones.

Puede imaginarse, pues, la tremenda impresión que causó en los pueblos árabes y en los países imperialistas con intereses en el Oriente Medio esta Carta Nacional de la República Árabe Unida, sobre todo cuando el presidente Abd Al-Náser rechazó, de plano, una proposición del Congreso Nacional de las Fuerzas

Populares que lo convertiría en presidente vitalicio de la RAU.

Los comentarios en la prensa extranjera pasaron paulatinamente de un tono meramente despectivo a los ataques más agudos y brutales, que de ninguna manera parecían ser dirigidos contra esa revolución socialista árabe, sino a denunciar el hecho, jamás secreto, de que la RAU adquiriría armas soviéticas. En los Estados Unidos e Inglaterra, lo mismo que en Alemania Occidental, la campaña, evidentemente sionista, intentaba cortar toda clase de ayuda económica y financiera a los proyectos naserianos. Tal compra de armamento soviético —por demás justificada ante la creciente potencia militar de Israel, que ha sido alimentada por norteamericanos franceses y británicos— se convirtió en el pretexto predilecto para intentar la liquidación de la revolución árabe en su propia cuna, mediante el manido recurso del boicot económico.

Diversos acontecimientos que se precipitaron desde entonces hicieron recrudescer esas campañas. En primer lugar, la revolución republicana socialista en el Yemen que la RAU apoyó, no sólo con declaraciones, sino con efectivos militares, en 1962-1964. Después, el 8 de febrero de 1963, el gobierno de Abd Al-Karim fue derrotado por un golpe militar que encabezó Abd Al-Salam Muhámmad Aref apoyado por el *Baat*, el partido del renacimiento socialista. Los medios de difusión, en El Cairo, declararon que esa revuelta “restablecía a Irak en el rango de los países árabes liberados”.

Es interesante considerar la pugna entre el gobierno de Abd Al-Karim y el de la RAU. Se discutían cuestiones de principios. La RAU había adoptado sin reservas los puntos de la Conferencia de Bandung, de los llamados “países no comprometidos” en la guerra fría, y su gobierno vio con mucho recelo la inclinación de Abd Al-Karim hacia el socialismo soviético, lo cual, según el presidente Abd Al-Náser, resultaba incompatible con los ideales del nacionalismo revolucionario árabe independiente.

Un mes después, en 8 de marzo, otro golpe militar dirigido por el *Baat* derrocó al gobierno sirio. Parecía que este partido se convertía en un aliado muy importante de la revolución egipcia fuera de la RAU. Sin embargo, el *Baat* rechazaba muchos aspectos del “socialismo árabe”, según la ideología naseriana, de modo que una propuesta unión de Irak, Siria y la RAU, que debía ser aprobada mediante plebiscitos en esos países, nunca pudo realizarse. Por lo contra-

rio, las diferencias se ahondaron todavía más hasta el punto de que, el 28 de septiembre, aquel partido anunció la intención de convertir a Siria en una República Democrática Popular Socialista, lo cual reiteró en su sexto congreso (5 a 23 de octubre) donde se adoptó la resolución de crear una federación sirio-irakesa con el nombre de República Popular Socialista Árabe. Sin embargo, el 18 de noviembre de ese año, se produjo otro golpe de Estado en Irak dirigido por el mismo Mohámmad Aref, que arrojó al partido *Baat* del poder. Aref asumió todas las facultades. Así, la República Popular Socialista Árabe ha tenido que esperar, hasta hoy, una mejor ocasión.

Mientras tanto, los problemas con Israel se agudizaban extraordinariamente, debido al proyecto de este Estado de desviar, hacia su territorio, las aguas del río Jordán. Esto dejaría sin medios de subsistencia a muchos miles de árabes jordanos que han dependido de las aguas de ese río para obtener alguna producción agrícola alimenticia y criar sus rebaños de cabras y carneros. Este proyecto, estimulado por el auxilio técnico y económico de los Estados Unidos, principalmente, hizo crisis en los comienzos de 1964. En 8 de febrero de ese año, el presidente Abd Al-Náser declaró:

Parece que una segunda guerra en Palestina es inevitable. Israel está determinado a persistir en el desafío, no sólo a los árabes, sino a toda la humanidad y a toda la sociedad internacional... Hemos estado siempre en guerra con Israel; pero Israel siempre ha sido el agresor... Lo cierto es que los sionistas, no contentos con usurpar solamente el territorio de Palestina, se han preparado para establecer un imperio de territorios usurpados desde el Nilo hasta el Éufrates.

Las dificultades exteriores de ninguna manera impidieron al gobernante de la RAU atender al impulso revolucionario dentro de su país. Después de nacionalizar totalmente la industria del comercio del algodón, fuente principal de ingresos en la RAU, el gobierno rescató las compañías petroleras de la Royal Dutch y de la Anglo-Egyptian, aunque los ingresos de éstas habían sido “egipcianizados” desde 1956 y la empresa petrolera nacional del Estado obtuvo el control de los campos petroleros en 1961. Desde entonces, las empresas extranjeras mantenían el dominio del 31 por ciento de la riqueza petrolera de la RAU.

En 25 de marzo de 1964 se puso en vigor una nueva constitución provisional. Se declaró que la RAU sería un Estado socialista donde el papel del ejército sólo sería "proteger las conquistas logradas en el curso de la lucha popular socialista". También se estableció que algunos sectores de la economía privada serían protegidos por la ley y sólo podrían ser expropiados por causa de interés público. La Constitución, con 169 artículos, precisó y reafirmó los principios contenidos en la primera carta nacional y puntualizó los procedimientos electorales para una democracia popular efectiva y crear instituciones permanentes para asegurar la continuidad de la revolución.

En ese mismo año, el gobierno de Irak comenzó a seguir los pasos de la RAU. En julio nacionalizó los bancos, las compañías de seguros y 30 de las principales industrias. Sin embargo, no se atrevió a afectar los intereses de la Irak Petroleum. Poco después, los presidentes de Irak y de la RAU acordaron unificar la acción política de ambos países mediante la fusión de las organizaciones políticas respectivas en una sola y con dirección única, a manera de un primer paso para la unidad política de las dos naciones con una sola constitución.

Dentro de la RAU, los esfuerzos del gobierno para unificar a las fuerzas revolucionarias interiores dieron por resultado que, en 25 de abril de 1965, el partido comunista egipcio anunciase su disolución adoptada por la mayoría de sus miembros. En su anuncio, declaró que el Partido de la Unión Socialista Árabe—gubernamental— era la única organización capaz de soportar la responsabilidad de conducir la revolución en todos los campos de la vida nacional en la RAU, y por consiguiente, había decidido terminar la forma de acción independiente.

Respecto al problema de Israel, el señor Abd Al-Náser realizó una enorme labor para evitar una nueva guerra en el Oriente Medio. Pacifista hasta el final de sus días, intentaba todos los recursos legales y diplomáticos para alcanzar un acuerdo que permitiese a los palestinos desplazados volver a sus tierras; pero como nación independiente y con gobierno propio. Siria parecía dirigir la postura radical de que ninguna solución al problema palestino sería posible mientras durase la existencia de Israel. El presidente de la RAU suponía que esa postura sólo se dirigía a exagerar el entusiasmo por la liberación de Palestina sin ningún resultado práctico y con el peligro de una guerra desastrosa. Poco después concluía un convenio

para terminar la guerra en el Yemen con la condición de un plebiscito para determinar la forma de gobierno que los yemenitas deseaban darse. Ante todo, el presidente de la RAU colocaba la defensa del principio de la autodeterminación de los pueblos.

Aunque nunca lo expresó con claridad, tenía la idea de que la liberación de Palestina debería ser confiada, en primer término, a los palestinos mismos, con toda la ayuda económica, militar y diplomática posible de todos los países árabes. La primera noticia que se tuvo de la existencia de una organización palestina de liberación nacional, que pronto sería conocida en el mundo como *Al-Fattah*, esto es, "La Vanguardia", fue en 27 de diciembre de 1966, cuando el entonces presidente de esa organización anunció que, en adelante, ésta iba a ser dirigida por un consejo revolucionario, el cual actuaría en la clandestinidad. Añadió: "Los obstáculos que se interponen en nuestro camino incluyen el régimen de Amman (el gobierno jordano) de pies a cabeza..." Y acusó al rey Husein de haber obligado a la organización a adquirir un carácter secreto y a adoptar la acción clandestina.

Los acontecimientos en el Oriente Medio, desde 1967 hasta hoy, son de todos conocidos. La presencia de *Al-Fattah* y de sus guerrilleros, los *fedayín*, transformó, de modo extraordinario, el panorama de la revolución en el mundo árabe. El ejemplo de la RAU había prendido en las masas populares y parecía claro que el nuevo impulso hacia la liberación rebasaría el poder de los gobiernos. Ahora ya es evidente que los intereses imperialistas se consideraron en peligro y por ello lanzaron a Israel a la agresión: se produjo la llamada "guerra de los 6 días", dirigida contra Siria y la RAU, las dos naciones que habían persistido con mayor ímpetu en su voluntad revolucionaria y nacionalista.

La agresión israelita—según lo comprobaron los hechos— había sido muy premeditada. Se inició con un pretexto demasiado pobre: la disputa sobre el derecho de cultivar algunas tierras en un pequeño sector de la frontera con Siria. Este país fue bombardeado e invadido.

El presidente Abd Al-Náser demostró, en esa crisis, que sabía conservar la misma entereza y presencia de espíritu tanto en el triunfo como en la adversidad. No escapó a su sagacidad que la invasión de Siria era una provocación destinada a encender de nueva cuenta la guerra, según él mismo lo había previsto

algún tiempo antes. Lejos de dejarse arrastrar por ella, su arraigado pacifismo lo condujo a buscar, ante todo, los medios diplomáticos para detener la agresión israelita, pese a que un pacto de defensa conjunta ligaba a la RAU con Siria, y no obstante las fuertes presiones —incluso de la prensa extranjera— para obligarla a atacar en cumplimiento de ese pacto. Tampoco permaneció inactivo. Solicitó —y obtuvo— la retirada de las fuerzas de las Naciones Unidas acantonadas entre la RAU e Israel, desde 1949, para hacer efectiva la tregua pactada entonces. De este modo, el señor Abd Al-Náser pudo recuperar, sin trabas el pleno ejercicio de la soberanía y de la autodeterminación. Sobre esta base —perfectamente legal, a la luz de todo derecho— clausuró el Canal de Suez y el Golfo de Akaba a la navegación israelita y a todo barco destinado a Israel o procedente de puertos palestinos. Sin embargo, para los imperialistas, que no movían un dedo para detener la invasión israelita de Siria, aquella providencia defensiva de la RAU constituyó “un atentado contra la navegación internacional y la libertad de los mares”, según declaró el presidente Johnson, de los Estados Unidos. Esto pareció ser la orden de ataque a Israel contra la RAU. Éste fue tan súbito y sorpresivo, como que un representante personal del señor Abd Al-Náser esperaba, en Washington, ser recibido por Johnson para plantear una posibilidad de arreglo pacífico.

La RAU no padeció el ataque de sólo Israel. La Sexta Flota norteamericana del Mediterráneo fue movilizadas hacia Suez. Esta armada cuenta dos portaaviones; pero en tal ocasión fue reforzada con la presencia de uno más, el *Enterprise*, que se hallaba “por casualidad” en esas aguas “camino de Vietnam”. Ahora se sabe que los aviones de la Marina de los Estados Unidos apoyaron el ataque israelita.

Lejos se halló del presidente Abd Al-Náser la idea de rehuir responsabilidades ante ese desastre. Todo lo contrario: después de denunciar las sucias maniobras imperialistas, declaró renunciar toda representación y puesto público con el objeto de que el pueblo de la RAU decidiese con entera libertad su trayectoria fu-

tura. Y el pueblo ratificó, por aclamación, la confianza que había depositado en su dirigente. Comenzó, entonces, la ruda tarea de restaurar, en el Oriente Medio, las condiciones y el *statu quo* anteriores a la agresión de Israel, cuyas tropas se detuvieron en donde sus instigadores imperialistas mismos les ordenaron detenerse, cuando los países petroleros árabes se hallaban a punto de cortar todo abasto de combustible.

Después de la “guerra de 6 días”, la Organización de la Liberación Palestina, *Al-Fattah*, creció en hombres y poderío. Redobló su actividad clandestina y la desarrolló con sistemas que recuerdan mucho la heroica lucha de los *maquis* franceses y de los guerrilleros argelinos. También fue claro que esta organización popular actuaba tanto contra Israel y la intervención extranjera, como en favor de una nueva *taharir*, o revolución social, en todo el Oriente Medio, con el criterio de que la defensa de las regalías petroleras de ninguna manera significaba defender los intereses populares.

Como lo había declarado en 1966 el entonces presidente de *Al-Fattah*, Shukri Al Kwaitli, Jordania, el Estado-gendarme, resultó ser el opositor más activo de la organización y el choque ha sido inevitable. Para el presidente Abd Al-Náser, nada podía ser más nefasto ni peligroso para el futuro de la revolución árabe que una guerra fratricida entre los árabes mismos, sobre todo cuando Siria se aprestaba a lanzarse contra Jordania en apoyo de *Al-Fattah*. El señor Abd Al Náser vivió 8 días consecutivos de gran tensión física e intelectual para lograr la paz entre los árabes. Y este enorme esfuerzo le costó la vida, una vida plena de trabajos, luchas y realizaciones revolucionarias.

Por esto es legítimo ratificar lo que en un principio se dijo. El señor Gammal Abd Al-Náser fue un dirigente de la emancipación de los pueblos árabes, benemérito egipcio, enérgico luchador en el partido de las mejores causas humanas. . . Si los árabes perdieron en él a uno de sus más grandes dirigentes revolucionarios, el mundo perdió a un paladín de la paz y de la convivencia amistosa y provechosa entre las naciones.